



A pesar de que muchas generaciones han quedado bautizadas con el tiempo, hay pocas que se reconocen tanto en ella como la de los 80. Permítanme que me incluya, porque siento que la nuestra fue una generación que disfrutó con las pequeñas cosas como era comerse un bocata de mantequilla con azúcar mientras veíamos Daniel el Travieso en la tele, lucir parches en los pantalones del chándal que eran el símbolo de batallas perdidas contra el suelo de Puertollano, o las tardes interminables de fútbol en la calle que terminaban cuando el dueño de la pelota se recogía al intuir cercano el grito de su madre que sonaría a llamada a cenar y a “mañana no sales”.

Pero también la de los ochenta fue la última generación a la que el premio por portarse bien durante la semana consistía en ir al cine los viernes y alquilarle una peli y un videojuego de la SEGA Mega Drive en el videoclub que disfrutábamos casi de manera incesante durante todo el fin de semana, porque sentíamos que aquello era lo máximo que podían darnos.

El cine, como Dragon Ball, son indiscutibles en nuestra vida. Fuimos la última generación del VHS y la del nacimiento del DVD. Tocamos de rebote las películas de Chaplin y las del “Gordo y el Flaco” en blanco y negro. Fuimos los que elegimos “El Rey León” como la película de nuestra vida nada más verla, porque nos sentimos reconocidos en Simba. Éramos pequeños leones sobre los que algún día recaería toda la responsabilidad del reino. Fuimos, los que a pesar de todos los gadgets de Buzz Lightyear, le juramos lealtad a Buddy.

Con los años también nos hicimos de Woody Allen, de Tim Burton y de Clint Eastwood, del que ya fue mi padre e incluso mi abuelo, que nunca llegaron a tener su Gran Torino.

En las butacas de Multicines Ortega nos reconocimos a veces en la mirada avispada de Totó colándose por los cortinajes, cuando algunas de las escenas dejaban ver lo que sólo habíamos intuido en nuestros pensamientos. Así era también Raquel Ortega, hija de Primi, que fue posiblemente la niña con más suerte cinéfila de su generación en Puertollano. Ella, rememora para Lanza, se crio entre películas. “Desde pequeña venía con mi padre y ayudaba en la taquilla, en la sala, o más bien incorr-díaba”, se ríe al recordar su infancia.

Como el protagonista de “Cinema Paradiso”, dice “de pequeña era muy pilla. En el cine había una sala solamente y para ir al baño tenías que entrar en ella. Cuando emitían películas con contenido un poco más explícito siempre daba la casualidad que me daban ganas de ir al baño, hasta que un día me descubrieron mirando a hurtadillas y me mandaron orinar a un paragüero que estaba en la entrada”. Ahí se le acabaron las casualidades y se le dispararon las ganas de seguir creciendo.

Ahora, cuarenta años después, es la encargada de dirigir el cine, en el que trabajan ocho personas sorteando la grave crisis del sector para mantener las puertas abiertas de Multicines Ortega, para lo que están buscando continuamente “hacer actividades nuevas que sostengan la escasez de público”, o lo que es lo mismo, aportar valor añadido al negocio como ya hiciesen su padre y su tío décadas atrás, quienes llevaban a cabo pequeños sorteos al término de las sesiones de películas, haciendo del recinto una especie de feria.

Uno de los grandes problemas a los que se enfrenta actualmente la gestión de las salas pequeñas reside en los altos costes de distribución: “traer una película a Puertollano cuesta lo mismo que en un cine de la Gran Vía, cuando la venta de entradas va a ser siempre infinitamente menor”. Por otro lado, la subida de impuestos o de facturas como las de la luz, hacen que las cuentas a final de mes queden tambaleándose “sólo en luz, el mes pasado, pagamos 14.000 euros. Imagínate mi cara al ver el recibo”. A todo ello, llegó el problema de la pandemia que puso en la picota a muchas empresa y que ha hecho que las producciones hayan mermado sus fuerzas.

Para Ortega, “el cine es un lugar donde se tejen recuerdos que duran toda la vida. Yo recuerdo muchísimos momentos en este lugar y siempre lo relaciono con las películas que vi en esos instantes”. Entre su lista de películas favoritas está “Cinema Paradiso” o “La vida es bella” que “serían las que elegiría para ver en la Sala 5” y desde su butaca favorita, que es la que se encuentra situada en el fondo de la sala, en el medio de una fila de tres, nada más entrar a la derecha. “En la del medio me siento. A mi izquierda pongo las palomitas y a mi derecha una Coca Cola”, recrea como si en la pantalla ya se estuviese proyectando la película.

Recorrer los pasillos del único cine de Puertollano es reencontrarte con sus cuarenta años de historia, no sólo del propio negocio, sino de nuestra propia vida, porque gracias al cine Ortega, los de los ochenta tuvimos la posibilidad de invitar a la chica que nos gustaba a palomitas y de rozar su mano cuando el ritmo de comer se sincronizaba con el de ella; y de paso, aprender que la vida consistía en eso, en sincronizarse y disfrutar de los pequeños momentos como en el “Diario de Noa”, pero sin necesidad de tumbarse en la carretera para ver cambiar de color los semáforos.

Tuvimos la suerte de hacer cola para ver a Jordan jugando con Bad Bunny e incluso a cambiar a Mr.Bean por “Men in Black” en el último minuto en el año 97. Fue culpa de Multicines Ortega que nos enamoramos de Amelie a primera vista y hasta cambiásemos la “optativa maría” para aprender francés por si nos la encontrábamos.

Nos enganamos a las BSO de Ennio Morricone, a las pelis de Spielberg y hasta a imitar la voz de Torrente. En ese alboroto de títulos que se acumulan con morriña, afirma la gerente del cine que “ahora